

curioso seguir la graduacion desde la época en que los caballeros no cabalgaban jamas, sino cubiertos de hierro y armados de lanza, hasta portar una simple espada, que vino á ser mas bien un adorno y un accesorio del blason, que una arma agresiva. Otro rasgo de costumbre, es que antiguamente los duelos tenian lugar en plena calle, ante la multitud que se retiraba para dejar el campo libre, y que hoy se ocultan; hoy, la muerte de un hombre, es un acontecimiento que causa en todos alarma, mientras que antiguamente no llamaba la atencion. El Espiritismo hará desaparecer los últimos vestigios de la barbarie, inculcando á los hombres el espíritu de caridad y fraternidad.

CAPITULO XIII.

QUE VUESTRA MANO IZQUIERDA NO SEPA LO QUE DA
LA MANO DERECHA.

Hacer el bien sin ostentacion.—Los infortunios ocultos.—Dinero de la viuda.—Convidar á los pobres y á los estropeados.—Favorecer sin esperanza de recompensa.—*Instrucciones de los Espíritus*.—La caridad material y la caridad moral.—La beneficencia.—La piedad.—Los huérfanos.—Beneficios pagados con la ingratitude.—Beneficencia exclusiva.

Hacer el bien sin ostentacion.

1. Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para ser mirados, pues de este modo no recibireis la recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.—Cuando deis limosna no hagais sonar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres. Yo os digo en verdad, que ellos han recibido su recompensa. *Sino que, cuando hagais la limosna, vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra derecha*,—á fin de que la limosna sea secreta; y vuestro Padre que ve lo que pasa en el secreto, os dé la recompensa. (San Mateo, capítulo VI, v. del 1 al 4.)

2. Habiendo bajado Jesus de la montaña, una grande multitud del pueblo lo seguia;—y al mismo tiempo vino á él un leproso y le adoró diciéndole: Señor, si que-

reis, podeis curarme.—Jesus, extendiendo la mano, le tocó y le dijo: Yo lo quiero, estais curado; y al instante la lepra desapareció.—Entonces Jesus le dijo: *guardaos de decir esto á nadie*; pero id á mostraros á los Padres, y ofreced el don prescrito por Moisés, á fin de que esto les sirva de testimonio. (San Mateo, cap. VIII, v. del 1 al 4.)

3. Hacer el bien sin ostentacion, es un gran mérito; ocultar la mano que da, es aún mayor mérito; es el signo incontestable de una gran superioridad moral, porque para ver las cosas de mas alto que la vulgaridad, es necesario hacer abstraccion de la vida presente é identificarse con la futura; es necesario, en una palabra, colocarse arriba de la humanidad para renunciar á la satisfaccion que procura el testimonio de los hombres, y esperar la aprobacion de Dios. El que busca el sufragio de los hombres mas bien que el de Dios, prueba que tiene mas fé en los hombres que en Dios, y que la vida presente es mas para él que la futura y aún que no cree en ella; si dice lo contrario, obra como si no creyera en lo que dice.

¡Cuántos hay que hacen un servicio con la esperanza de que la persona obligada irá á publicarle por los tejados; que en pleno dia derraman una gruesa suma, y en la sombra no darian una moneda! Por esto ha dicho Jesus: «Los que hacen el bien con ostentacion han recibido ya su recompensa;» en efecto, el que busca su glorificacion en la Tierra por el bien que hace, ya está pagado; Dios nada le debe, y no le queda que recibir mas que el castigo de su orgullo.

Que la mano izquierda no sepa lo que da la derecha, es una figura que caracteriza admirablemente la beneficencia modesta; pero si hay la modestia real, hay tambien la falsa, el simulacro de la modestia; hay gentes que ocultan la mano que da, teniendo cuidado de dejar pasar algun tiempo y mirando si alguien los ve esconder la mano. ¡Indigna parodia de las máximas del Cristo! ¡Si los bienhechores orgullosos son despreciados ante los hom-

bres, qué será ante Dios! Estos tambien han recibido su recompensa en la Tierra. Se les ha visto; están satisfechos de ello, esto es todo lo que tendrán.

¿Cuál será, pues, la recompensa del que hace pesar sus beneficios sobre el obligado, que le impone en cierto modo la obligacion del reconocimiento, que le hace sentir su posicion exagerando el precio de los sacrificios que se impone por él? ¡Oh! para éste no hay ni aún la recompensa terrestre, porque está privado de la dulce satisfaccion de oír bendecir su nombre, y este es el primer castigo de su orgullo; las lágrimas que enguja en provecho de su vanidad, en lugar de subir al cielo, vuelven á caer sobre el corazon del afligido y lo ulceran. El bien que hace, es sin provecho para él, supuesto que lo echa en cara, porque todo beneficio referido, es moneda falsa y sin valor.

El servicio sin ostentacion, tiene doble mérito; ademas, la caridad material, es la caridad moral; ella respeta la susceptibilidad de la persona obligada; ella le hace aceptar el beneficio sin que sufra su amor propio, y garantiza su dignidad de hombre, porque un individuo acepta un servicio, mas no una limosna; supuesto que convertir un servicio en limosna, por la manera en que se le presta, es humillar á aquel que lo recibe, hay mucho orgullo y maldad en humillar á su hermano. La verdadera caridad, al contrario, es delicada é ingeniosa para disimular el beneficio y evitar hasta las menores apariencias que pudieran lastimar, porque todo padecimiento moral aumenta el sufrimiento que nace de la necesidad; ella sabe encontrar palabras dulces y afables, que colocan al agraciado en una posicion cómoda para con el bienhechor: mientras que la caridad orgullosa lo humilla y molesta. Lo sublime de la verdadera generosidad es, cuando el bienhechor, cambiando de papel, encuentra el medio de parecer el obligado para con aquel á quien hace el servicio. Hé aquí lo que quieren decir estas palabras: «Que vuestra mano izquierda no sepa lo que da la derecha.»

Los infortunios ocultos.

4. En las grandes calamidades, la caridad se conmueve, y se ven grandes esfuerzos para reparar los desastres; pero al lado de estos desastres generales, hay millares de desgracias particulares, que pasan desapercibidas, de personas que yacen en un pobre lecho sin quejarse. Estos son los infortunios secretos y ocultos que la verdadera generosidad sabe descubrir, sin esperar á que demanden asistencia.

¿Quién es esa mujer de aire distinguido, vestida con sencillez, pero con aseo, seguida de una niña, vestida también modestamente? Ella entra en una casa de sordida apariencia, donde es conocida sin duda, porque en la puerta se la saluda con respeto. ¿Adónde va? sube hasta el tejado: allí yace una madre de familia rodeada de sus hijos; á su llegada brilla la alegría en sus semblantes demacrados; es que esta señora viene á calmar todos los dolores; lleva lo necesario sazonado con dulces y consoladoras palabras, que hacen aceptar el beneficio sin avergonzarse, por que estos deprimidos no son mendigos de profesion; el padre está en un hospital, y durante este tiempo, la madre no puede subvenir á sus necesidades. Gracias á ella, estos pobres niños no sufrirán ni el frío ni el hambre; irán á la escuela vestidos propiamente, y el seno de la madre no se agotará para el más pequeño. Si alguno de ellos está enfermo, ningun cuidado material repugnará á esta señora. De allí se dirige al hospital á llevar al padre algunos consuelos y tranquilizarlo sobre la suerte de su familia. En un rincon de la calle la aguarda un coche, verdadero almacen de todo lo que lleva á sus protegidos que visita sucesivamente; no les pregunta ni por sus creencias ni por su opinion, porque para ella,

todos los hombres son hermanos é hijos de Dios. Concluidas sus visitas, se dice: he comenzado bien mi dia. ¿Cuál es su nombre? ¿dónde vive? nadie lo sabe; para los desgraciados es un nombre que no conocen; pero ella es el ángel de consuelo, y en la noche un concierto de bendiciones se eleva por ella al Creador. Católicos, protestantes, judíos, todos la bendicen:

¿Por qué se viste tan sencillamente? Porque no quiere insultar la miseria con su lujo. ¿Por qué se hace acompañar de su hija? Por enseñarla á practicar la beneficencia. Su hija quiere hacer también la caridad, pero su madre le dice: "¿Qué puedes dar tú, hija mia, puesto que nada tienes? Si te doy alguna cosa para que tú lo pases á otros ¿qué mérito tendrás por ello? Yo soy en realidad quien hago la caridad, ¿y tú tendrás el mérito? esto no es justo. Cuando vamos á visitar á los enfermos, tú me ayudas á cuidarlos, y dar cuidados es dar alguna cosa. ¿No te parece esto suficiente? nada es más sencillo; aprende á hacer obras útiles, y tú confeccionarás vestidos para los niños, y de esta manera, darás alguna cosa que proceda directamente de tí. Así es como esta madre verdaderamente cristiana, forma á su hija para la práctica de las virtudes enseñadas por el Cristo. ¿Es espírita? ¡Qué importa!

En su interior es una mujer de sociedad, porque así lo exige su posición, pero se ignora lo que hace, porque no demanda otra aprobación que la de Dios y la de su conciencia. Por esto acontece que un dia, una circunstancia imprevista, conduce á su casa á alguna de sus protegidas que va á venderle su obra; ésta la reconoce y quiere bendecir á su protectora. "¡Chist! le dice; *no lo digais á nadie.*" Así hablaba Jesus.

El dinero de la viuda.

5. Jesús, estando sentado frente al cepillo del templo, consideraba de que manera el pueblo ponía en él dinero, y que varias gentes ricas ponían mucho.—Vino también una pobre viuda que puso solamente dos pequeñas piezas del valor de un cuarto de sueldo.—Entonces Jesús, habiendo llamado á sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado más que todos los que han echado dinero en el cepo; porque todos ellos han dado de su abundancia, pero esta mujer ha dado de su indigencia, aún todo lo que tenía y todo lo que le quedaba para vivir. (San Marcos, cap. XII, v. del 41 al 44.—San Lucas, cap. XXI, v. del 1 al 4.)

6. Muchos sienten sobre manera no poder hacer tanto bien como querían, por falta de recursos suficientes, y si desean la fortuna, dicen, es para hacer buen uso de ella. La intención es loable, sin duda, y puede ser muy sincera en algunos; ¿pero es seguro que no en todos sea completamente desinteresada? ¿No hay algunos que, deseando hacer el bien á otros, estarían muy contentos en comenzar por hacérselo á ellos mismos, de procurarse algunos goces de más, de procurarse un poco de superfluo que les falta, sin perjuicio de dar el resto á los pobres? Este último pensamiento que disimulan quizá, pero que encontrarían en el fondo de su corazón si quisieran registrarlo, anula el mérito de la intención; porque la verdadera caridad piensa en los extraños con preferencia á sí mismo. Lo sublime de la caridad, en este caso, estaría en buscar en su propio trabajo, por el empleo de sus fuerzas, inteligencia y talento, los recursos que faltan para realizar sus generosas intenciones; esto sería el sacrificio más agradable al Señor. Desgraciada-

mente la mayor parte sueñan en medios más fáciles de enriquecerse repentinamente y sin trabajo, corriendo para ello tras de quimeras, como la invención de tesoros, una fortuna favorable, la adquisición de herencias inesperadas, etc. ¿Qué diré de los que esperan encontrar para ayudarles en la adquisición de las riquezas de esta naturaleza, auxiliares entre los Espíritus? Seguramente no conocen ni comprenden el objeto sagrado del Espiritismo, y aún menos la misión de los Espíritus, á quienes Dios permite comunicarse con los hombres; así son ellos castigados por las decepciones. (*Libro de los médiums*, números 294 y 295.)

Aquellos cuya intención está pura de toda idea personal, deben consolarse de su impotencia para hacer tanto bien como quisieran, con la reflexión de que el óbolo del pobre que da privándose de él, pesa más en la balanza de Dios, que el oro del rico que da sin privarse de nada. La satisfacción sería grande, sin duda, si se pudiese socorrer ampliamente la indigencia; pero si esto nos es rehusado, es necesario someterse y limitarse á hacer lo que se pueda. Además, no es con el oro con el que se pueden enjugar las lágrimas, puesto que no se posee. ¿Debemos quedar inactivos puesto que no lo tenemos? El que sinceramente desea hacerse útil á sus hermanos, encontrará mil ocasiones; que las busque y las hallará; si no de una manera, de otra, porque no hay quien, teniendo el libre uso de sus facultades y de sus goces, no pueda prestar un servicio cualquiera, dar un consuelo, dulcificar un sufrimiento físico ó moral ó hacer una acción útil á falta de dinero. ¿No tiene cada uno su trabajo, su tiempo, su reposo, de lo que puede dar una parte? Así es también el óbolo del pobre, el dinero de la viuda.

Convidar á los pobres y á los estropeados.

Dijo tambien al que lo habia invitado: cuando deis de almorzar ó comer, no convideis á vuestros amigos, ni á vuestros hermanos, ni á vuestros parientes, ni á vuestros vecinos que sean ricos, de temor que ellos os inviten á su vez y os vuelvan lo que han recibido. Sino que, cuando hagais un festin, convidad á él á los pobres, los estropeados, los cojos y los ciegos;—y sereis dichosos de que no tengan medios para corresponderos, porque esto os será devuelto en la resurreccion de los justos.

Uno de los que estaban á la mesa, habiendo oido estas palabras, le dijo: Dichoso el que coma el pan en el reino de los cielos. (San Lúcas, cap. XIV, v. del 12 al 35.)

8. «Cuando hagais un festin, dice Jesus, no convideis á él á vuestros amigos, sino á los pobres y á los estropeados.» Estas palabras, absurdas, si se les toma á la letra, son sublimes si se les busca el espíritu. Jesus no puede haber querido decir que, en lugar de los amigos, es necesario reunir en la mesa á los mendigos de la calle; su lenguaje era casi siempre figurado, y á hombres incapaces de comprender los matices delicados del pensamiento, les era necesario imágenes fuertes que produjeran el efecto de los colores resaltantes. El fondo de su pensamiento se revela en estas palabras: «Sereis dichosos de que ellos no tengan medios de corresponderos;» esto explica que no se debe hacer el bien con la mira de que sea devuelto, sino por el solo placer de hacerlo. Para hacer una comparacion saliente, dice: Convidad á vuestros festines á los pobres, porque sabeis que estos no podrán corresponderos; y por *festines*, es necesario entender, no la comida propiamente dicho, sino la participacion á la abundancia de que vosotros gozais.

Esta parábola puede, no obstante, recibir tambien su aplicacion en un sentido mas literal. ¡Cuántas gentes no invitan á su mesa mas que á aquellos que pueden, como ellos dicen, hacerles honor, ó que pueden á su vez convidarlos! Otros, al contrario, encuentran satisfaccion en convidar á aquellos de sus parientes ó amigos que son menos dichosos; y ¿quién es el que no los tiene entre sus deudos? Esto es algunas veces, prestarles un servicio sin que lo parezca. Así, sin ir á reclutar á los ciegos y á los estropeados, se practica la máxima de Jesus; si se hace por benevolencia, sin ostentacion, y si se sabe disimular el bien hecho, por una sincera cordialidad.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPIRITUS.

La caridad material y la caridad moral.

9. «Amémonos los unos á los otros, y hagamos á los otros lo que querríamos que hicieran con nosotros» Toda la religion, toda la moral se encuentra encerrada en estos dos preceptos; si fuesen observados en la Tierra, serian todos perfectos: nada de ódios, no habria disentiimientos; diré mas aún: nada de pobreza, porque de lo supérfluo de la mesa de los ricos, muchos pobres se alimentarian, y no veríais mas, en los sombríos cuartos en que he habitado durante mi última existencia, pobres mujeres arrastrando con ellas á pobres niños faltos de todo.

¡Ricos! pensad un poco en esto; ayudad á los desgraciados; dad, para que Dios os recompense un dia el bien que hayais hecho; para que encontreis al salir de vuestra envoltura terrestre, un cortejo de Espíritus reconocidos que os reciban en el umbral de un mundo mas feliz.

¡Si pudiérais conocer la alegría que yo he experimenta-

do encontrando ahí á aquellos á quienes habia podido hacerme gratos en mi última vida!

Amad, pues, á vuestro prójimo; amadle como á vosotros mismos, porque lo sabeis sin embargo, este desgraciado que rechazais, es quizá un hermano, un padre ó un amigo que arrojaís lejos de vosotros; y entonces, ¡cuál será vuestra desesperacion al reconocerlo en el mundo de los Espíritus!

Yo deseo que comprendais bien lo que puede ser la caridad moral, aquella que cada uno puede practicar, la que no *cuesta nada* de material, y sin embargo, es la mas difícil de poner en práctica.

La caridad moral, consiste en tolerarse los unos á los otros y esto es lo que menos haceis en esta miserable Tierra, en que estais encarnados por el momento. Hay un gran mérito, creedme, en saber callar para dejar hablar á un tonto por mas que lo sea; esto es un género de caridad, saber ser sordos cuando una palabra burlona se escapa de una boca habituada á chanzas; no ver la sonrisa desdenosa que acoge vuestra entrada entre gentes que, á menudo equívocas, se creen encima de vosotros; mientras que, en la vida espírita, *la sola realidad* está muy lejos de ellos muchas veces; he aquí un mérito, no solo de humanidad, sino de caridad, porque no hacer notar los errores de otro, es la caridad moral.

Sin embargo, esta caridad no debe impedir la otra; pero pensad sobre todo, en no despreciar á vuestro semejante; recordad todo lo que os he dicho ya: es necesario recordar sin cesar, que en el pobre despreciado rechazais quizá un Espíritu que os ha sido querido, y que se encuentra momentáneamente en una posicion inferior á la vuestra. Yo he vuelto á ver á uno de los pobres de vuestra Tierra, que habia podido, por fortuna, servir una ocasion, y á quien me toca, sin embargo, implorar á mi vez.

Recordad que Jesus ha dicho que somos hermanos, y pensad siempre en esto, antes de rechazar al leproso ó al

mendigo. Adios, pensad en los que sufren y rogad por ellos. (SOR ROSALIA. Paris, 1860.)

10. Amigos míos, he oido á varios de entre vosotros, decir: ¿Cómo haré la caridad? ¡A menudo no tengo ni lo necesario!

La caridad, mis amigos, se hace de muchas maneras; podeis hacerla en pensamientos, en palabras y en acciones. En pensamientos: rogando por los pobres desamparados, que han muerto sin haber podido ver la luz; una oracion nacida del corazon, los alivia. En palabras: dirigiendo á vuestros compañeros todos los dias, algunos buenos consejos; decid á los hombres irritados por la desesperacion y las privaciones, y que blasfeman del nombre de Altísimo: Yo era como vosotros, sufría, era desgraciado; pero he creído en el Espiritismo, y ved, ya soy feliz. A los viejos, que os dirán: «eso es inútil; estoy al fin de mi carrera; moriré como he vivido;» decidles: Dios tiene para todos una justicia igual; recordad á los obreros de la décima hora. A los niños, que ya viciados por su círculo, se ven vagar por las calles, prontos á sucumbir á las malas tentaciones, decidles: Dios os ve, mis pequeños amigos; y no temas repartirles á menudo, esa dulce palabra; que ella acabará por tomar asiento en su joven inteligencia, y en lugar de pequeños vagabundos, habreis hecho hombres. Esto es tambien una caridad.

Muchos de entre vosotros, dicen tambien: «¡Bah! nosotros somos tan numerosos en la Tierra,..... Dios no puede vernos á todos.» Escuchad bien esto, mis queridos amigos: Cuando vosotros estais encima de una montaña, ¿no es cierto que vuestra mirada abraza todos los millares de granos de arena que cubren la montaña? Pues bien, Dios os ve del mismo modo; os deja vuestro libre albedrío, como vos dejais los granos de arena ir y venir á gusto de los vientos. Solamente Dios, en su misericordia infinita, ha puesto en el fondo de vuestro corazon, un centinela vigilante que se llama *conciencia*. Escuchadla; ella nos dará mas que buenos consejos. Algunos la en-

torpecen oponiéndole el espíritu del mal; entonces calla; pero estad seguros que el pobre centinela abandonado, se hará escuchar al punto en que lo hayais dejado apercebirse de la sombra de los remordimientos. Escuchadle, interrogadle, y á menudo os encontrareis consolados, por sus consejos.

Amigos míos, á cada regimiento nuevo el general le pone una bandera; yo os doy esta máxima del Cristo: "Amaos los unos á los otros." Practicadla; reuníos todos en derredor de este estandarte, y en esto recibireis el consuelo y la felicidad. (UN ESPÍRITU PROTECTOR. Lyon, 1860.)

La beneficencia.

11. La beneficencia, amigos míos, os dará en este mundo los mas puros y dulces goces, las satisfacciones del corazon que no son turbadas, ni por el remordimiento, ni por la indiferencia. ¡Oh! si pudiéseis comprender todo lo que encierra de grande y dulce la generosidad de las bellas almas; este sentimiento que hace que se vea á otro como á sí mismo, desnudarse con gusto para cubrir á su hermano. ¡Si pudiéseis, mis amigos, no tener mas dulce ocupacion que la de hacerlos dichosos! ¡Cuáles serán las fiestas del mundo que pudiérais comparar á esos goces, cuando representantes de la Divinidad, volveis la alegría á esas familias desgraciadas, que no conocen de la vida sino las vicisitudes y la amargura; cuando veais, repentinamente esos semblantes marchitos, radiar de esperanza, porque no tenian pan estos desgraciados, y sus hijos, igaorando que el vivir es sufrir, gritaban, lloraban y repetian estas palabras, que se hundian como una aguda espada en el corazon maternal: ¡tengo hambre!..... ¡Oh! ¡comprended cuán deliciosas son las impresiones de

que va á hacer renacer la alegría, donde un instante antes no se veia mas que la desesperacion! ¡Comprended cuáles son vuestras obligaciones para con vuestros hermanos! ¡Andad, andad en pos del infortunio; id al socorro de las miserias ocultas, sobre todo, por que estas son mas dolorosas. Id, mis buenos amigos, y acordaos de estas palabras del Salvador: "Cuando vistiéreis á uno de estos pequeños, pensad que á mí es á quien haceis esto."

¡Caridad! ¡palabra sublime que reasume todas las virtudes, tú eres quien debe conducir á los pueblos á la felicidad! ¡Practicándote, se crearán goces infinitos para el porvenir, y durante el destierro en la Tierra, tú seras su consuelo, fruicion anticipada de los goces de que disfrutarán mas tarde cuando se abracen, estando todos reunidos en el seno del Dios de amor! ¡Eres tú, virtud divina, la que me has procurado los solos momentos de felicidad, que he disfrutado sobre la Tierra! Puedan mis hermanos encarnados creer la voz del amigo que les habla y que les dice: En la caridad, es donde debeis buscar la paz del corazon, el contento del alma, el remedio contra les aflicciones de la vida! ¡Oh! ¡cuando esteis á punto de acusar á Dios, dirigid una mirada en vuestro derredor; ved cuántas miserias que aliviar; cuántos pobres niños sin familia; cuántos ancianos que no tienen una mano amiga que los socorra y les cierre los ojos cuando mueran! ¡Cuánto bien que hacer! ¡Oh! ¡no os quejeis, sino al contrario, dad gracias á Dios y prodigad á manos llenas vuestra simpatía, vuestro amor, vuestro dinero á todos aquellos que, desheredados de los bienes de este mundo, languidecen en el sufrimiento y en el aislamiento! Vosotros recogeréis aquí abajo, goces muy dulces, y mas tarde..... ¡Dios solo lo sabe! (ADOLFO, obispo de Alejandría. Burdeos, 1861.)

12. Sed buenos y caritativos, esta es la llave de los cielos que vosotros teneis en vuestras manos; toda la felicidad eterna está encerrada en esta máxima: Amaos los unos á los otros. El alma no puede elevarse á las regio-